

LAS BRUJAS

Y OTROS TERRORES NOCTURNOS



El aquelarre o El gran cabrón, Francisco de Goya

TRADUCCIÓN: JUAN FERNANDO MERINO

CHARLES
LAMB

Nos comportamos con excesiva ligereza cuando catalogamos a nuestros ancestros como una partida de necios debido a las monstruosas inconsistencias (según parece a nuestros ojos) asociadas con su creencia en la brujería. En sus relaciones con el mundo visible encontramos que fueron tan racionales y tan astutos como nosotros para detectar una anomalía histórica. Pero una vez que entraba a la palestra el mundo invisible y que se aceptaba la desaforada influencia de los espíritus malignos, ¿qué medidas de verosimilitud, de recato, de idoneidad o proporción —de aquello que distingue lo probable de lo evidentemente absurdo— podían tener para orientarse a la hora de rechazar o aceptar cualquier testimonio en particular? Que las doncellas languidecieran y se fueran extinguiendo interiormente al tiempo que sus imágenes de cera se derretían ante el fuego —el grano perdido, el ganado lisiado—, que los remolinos

de viento arrancaran en diabólico frenesí los robles del bosque, que los asadores y sartenes bailaran a su antojo aterradoras e ingenuas cadencias en alguna cocina rústica cuando ningún viento estaba soplando, eran todos hechos igualmente probables cuando no se comprendía ninguna ley de mediación racional. Que el príncipe de los poderes de la oscuridad, dejando de lado la flor y nata de la tierra, montara un absurdo asedio a la débil fantasía de ancianos desvalidos, no debe resultar *a priori* verosímil o inverosímil para nosotros, que no tenemos rasero para estimar el precio que podrían alcanzar en el mercado del diablo aquellas almas seniles. Ni tampoco sabemos qué tanto debemos asombrarnos de que el Malvado, ya que era simbolizado por un macho cabrío, se apareciera algunas veces de esa guisa, reafirmando la metáfora. Quizás el error radique en que se haya instaurado el trato entre los dos mundos, pero una vez consentido, no veo la razón para descreer el testimonio de una historia de esta naturaleza más que de otra cualquiera en lo que respecta a su absurdidad. No hay ley para juzgar lo que carece de ley ni canon valedero para criticar un sueño.

Algunas veces he pensado que yo no podría haber vivido en los tiempos en que la brujería se admitía sin chistar, que no podría haber pasado una sola noche en un pueblo en el que habitara alguna de aquellas mujeres reputadas como hechiceras. Nuestros antepasados eran más valientes o más obtusos. En medio de la creencia generalizada de que estas arpías estaban confabuladas con el autor de toda maldad, con el infierno supeditado a sus despropósitos, ningún simple juez de paz o estólido jefe de municipalidad parecen haber tenido los escrúpulos suficientes para presentar un mandato judicial en su contra... ¡como si aquello equivaliera a emplazar al mismísimo Satanás! Próspero en su embarcación, con sus libros y su varita mágica, se somete a ser llevado a una isla desconocida a la merced de sus enemigos. Podría haber desatado una o dos tormentas en el trayecto, se nos ocurre pensar. Su aquiescencia constituye

una analogía exacta de la no-resistencia de las brujas a los poderes establecidos.

Desde mi infancia fui extremadamente inquisitivo acerca de las brujas y las historias de brujería. Mi niñera y la más quimérica de mis tías me proporcionaron una buena provisión de historias. Pero es menester mencionar el incidente que originalmente dirigió mi curiosidad en esta dirección. En la biblioteca privada de mi padre, la *Historia de la Biblia* de Stackhouse ocupaba un lugar distinguido. Los muy abundantes dibujos en el libro, en particular uno del Arca de Noé y otro del templo de Salomón, realizados con toda la fidelidad de la medición ocular, como si el artista hubiera estado en el propio sitio, atrajeron mi atención infantil. También había un dibujo de la Bruja conjurando a Samuel que yo desearía no haber visto jamás. La Biblia de Stackhouse está conformada por dos tomos enormes, y yo derivaba un gran placer al bajar unos libracos de tal magnitud, que con un esfuerzo descomunal constituía el límite de mi alcance por la posición que ocupaban en uno de los estantes superiores. Desde entonces no he vuelto a encontrar aquella obra, pero recuerdo que consistía en historias del Antiguo Testamento ordenadas metódicamente, con una “objección” a cada historia y con la solución a la objeción anexada a ella. La “objección” era un sumario de cualesquiera que fuesen las dificultades que se oponían a la credibilidad de la historia, a causa de la astucia de los incrédulos antiguos o modernos, y elaboradas con un casi innecesario exceso de candor. La “solución” era breve, modesta y satisfactoria. Tenías en frente tanto el veneno como el antídoto. Con las dudas así presentadas y así aplastadas, se diría que quedaban eliminadas por los siglos de los siglos. El dragón yace muerto, y sin el menor riesgo puede pararse sobre su cuerpo inerte el más tierno bebé. Pero como tanto se temía aunque no se hubiese comprobado, al igual que en la historia de *Faerie Queene* de Spenser, de las entrañas aplastadas del dragón bien podrían surgir dragoncitos capaces de vencer la capacidad de proezas de

Lo más propicio para hacer de un niño un infiel es decirle que los infieles existen. La credulidad es la debilidad del hombre pero es la fortaleza del niño.

un San Jorge tan tierno como yo. El hábito de esperar que pudiesen existir objeciones para cada párrafo, me indujo a lanzar objeciones de mi propia cosecha por la gloria de encontrar mis propias soluciones. Me volví vacilante y perplejo, un escéptico de pantalón corto. Las bellas historias de la Biblia que había leído o había escuchado leer en la iglesia perdieron su efecto de pureza y sinceridad y pasaron a ser una multitud de tesis históricas o cronológicas que debían ser defendidas ante cualquier impugnación. No es que fuese a descreerlas, pero, lo que no distaba mucho, quedaba por completo seguro de que otros habían descreído de ellas o podrían descreer en el futuro. Lo más propicio para hacer de un niño un infiel es decirle que los infieles existen. La credulidad es la debilidad del hombre pero es la fortaleza del niño. ¡Ay, qué horribles suenan las dudas bíblicas en la boca de un bebé o un lactante! Podría haberme perdido en aquellos laberintos y languidecer en su interior, con el sustento tan inadecuado que conceden tales cascarillas, de no ser por un afortunado episodio de mala fortuna que me acació por ese entonces. Una tarde, pasando la página con el dibujo del arca con excesiva prisa, para mi consternación hice una rotura en su ingeniosa urdimbre, atravesando con mis agraviantes dedos los dos cuadrúpedos mayores, el elefante y el camello, que oteaban fijamente el horizonte (como bien podría haberse esperado) desde las dos últimas ventanas cerca de las escaleras de esa pieza única de arquitectura naval. Desde entonces, el libro de Stackhouse fue guardado con llave y se convirtió en un tesoro prohibido. Con la desaparición del libro las objeciones

y soluciones desaparecieron gradualmente en mi cabeza y desde entonces rara vez han vuelto con suficiente fuerza como para perturbarme. Pero hubo una impresión que me había quedado grabada de Stackhouse, que ningún candado ni barrote pudieron clausurar y que puso a prueba mis nervios infantiles de una manera mucho más seria. ¡Aquella imagen detestable de la bruja!

Me volví terriblemente susceptible a los terrores nerviosos. La soledad nocturna y la oscuridad eran mi infierno. Los sufrimientos de esta naturaleza que soporté justifican el uso de esa palabra. Desde los cuatro hasta los siete u ocho años de edad —si la memoria no me falla en hechos tan distantes en el tiempo— Jamás recliné la cabeza en la almohada, según creo, sin tener la certeza, que cada vez cumplía su propia profecía, de que vería algún espectro aterrador. Que el viejo Stackhouse sea absuelto en parte si digo que a su dibujo de la Bruja conjurando a Samuel (¡oh, aquel anciano cubierto con una manta!) no le debo mis terrores de medianoche, el averno de mi infancia, sino más bien a la forma y maneras que tomaban las apariciones. Fue así como surgió aquella hechicera que noche tras noche se sentaba sobre mi cama, la infaltable compañera de lecho una vez que mi niñera o mi tía me habían dejado solo. El día entero, en la época en que el libro me estaba todavía permitido, soñaba con despertarme entre sus dibujos, y durante la noche me despertaba (si puedo usar tan atrevidamente la expresión) en el interior del sueño y constataba que la visión era verdadera. No me atrevía, incluso a plena luz del día, a entrar a la habitación en que dormía sin volver mi rostro hacia la ventana, evitando con repugnancia mirar hacia la cama donde se encontraba mi almohada cabalgada por la bruja. Los padres no saben lo que hacen cuando dejan a sus tiernas criaturas durmiendo solas en la oscuridad. Aquellos niños buscan a tientas un brazo amigable, esperan escuchar una voz familiar, pero cuando despiertan gritando y no encuentran a nadie que los calme, ¡qué terrible sacudida para sus pobres nervios!

Mantenerlos despiertos hasta la medianoche, rodeados de la luz de las velas y por la duración de las horas malsanas, como así se les llama, resultaría desde un punto de vista médico, de ello estoy convencido, una precaución más acertada. Aquel detestable dibujo, como ya he dicho, moldeaba mis sueños, si es que eran sueños, pues su escenario invariablemente era la habitación en la que dormía. Si nunca hubiera puesto ojos en ese dibujo de la hechicera, los terrores se habrían dibujado a sí mismos en una figura u otra: un oso sin cabeza, un hombre oscuro o un mono, pero, como se dieron las cosas, mis imaginaciones asumieron la forma de la bruja. No es un libro, un dibujo o las historias de criados insensatos lo que produce estos terrores en los niños. A lo sumo pueden darles una orientación. El querido y pequeño T.N., quien más que cualquier otro niño ha sido criado con la más escrupulosa exclusión de cualquier tinte de superstición —a quien nunca se le permitió escuchar sobre duendes o apariciones, ni se le permitió leer o escuchar ninguna historia inquietante, y escasamente se le habló de la existencia de hombres malvados—, encuentra todo ese mundo de terror, del cual ha sido tan rigurosamente excluido de una manera *ab extra*, en sus propias fantasías desbordadas, y desde su pequeña almohada nocturna, aquella niñera del optimismo, lo asaltan con sudoroso sobresalto unas visiones tan aterradoras que, en comparación, deben parecer tranquilas las alucinaciones de un asesino confinado a su celda.

Gorgonas, hidras y quimeras —las aterradoras historias de Celaeno y las harpías— se pueden ver reflejadas en el espíritu de la superstición, pero antecedieron a las supersticiones. Son transcripciones, modelos, cuyos arquetipos están en nosotros y son eternos. ¿De qué otra manera estas narraciones que con los sentidos despiertos sabemos perfectamente que son falsas podrían afectarnos tanto? ¿O el hecho de que nombres cuyo sentido desconocemos nos espanten con cosas que no existen? ¿Será que concebimos naturalmente el terror por

esas criaturas al considerarlas en cuanto a su capacidad de infligir daños corporales? ¡Ah, pero eso es lo de menos! Estos terrores son de carácter más antiguo. Existían desde antes de encarnarse —materiales o inmateriales habrían sido similares—. Todos los crueles y atormentadores diablos descritos por Dante —demonios que desmembran, que destrozan, que estrangulan, que ahogan, que queman— no son ni la mitad de aterradores para el espíritu de un hombre que la simple idea de un espíritu desprovisto de cuerpo que lo persigue.

Como quien en un camino solitario
/ Camina dominado por el miedo y
el espanto / Y habiendo mirado atrás
una vez, sigue adelante / Sin ya nunca
volver la mirada / Pues sabe que un
temible demonio / Sigue sus pasos de
cerca. (Coleridge)

Que el tipo de miedo del cual se trata aquí sea puramente espiritual —que sea tan poderoso en proporción a su inmaterialidad sobre la tierra— y que predomine en el periodo de la inocente infancia constituyen dificultades cuya solución podría concedernos algún discernimiento acerca de nuestra condición antemundana y al menos un vistazo hacia la tierra de sombras de nuestra preexistencia.

Mis ensoñaciones nocturnas hace mucho tiempo dejaron de ser angustiosas. Confieso alguna pesadilla ocasional, pero no tengo una horda de ellas como en mi temprana juventud. Cuando la vela se apaga, pueden aparecer y mirarme rostros demoníacos, pero aunque no pueda eludir su presencia sé que son ridiculeces y me enfrento y lucho contra ellos. Por la honra de mi imaginación, casi me avergüenza revelar cuán mansos y prosaicos se han vuelto mis sueños. Nunca son románticos e incluso rara vez son rurales. Son sobre arquitectura y sobre edificios en ciudades extranjeras que nunca he visto y que difícilmente tengo la esperanza de ver. He recorrido durante lo que parece el transcurso de un día natural Roma, Ámsterdam, París, Lisboa

Gorgonas, hidras y quimeras [...] se pueden ver reflejadas en el espíritu de la superstición, pero antecedieron a las supersticiones. Son transcripciones, modelos, cuyos arquetipos están en nosotros y son eternos. ¿De qué otra manera estas narraciones que con los sentidos despiertos sabemos perfectamente que son falsas podrían afectarnos tanto?

—sus iglesias sus palacios, plazas, mercados, tiendas, suburbios y ruinas— con una indescriptible sensación de deleite, como si siguiera el trazado de un mapa y con una nitidez de visión como si fuese pleno día, prácticamente como si estuviera despierto. Hace algún tiempo viajé por las colinas de Westmoreland —mis Alpes más elevados—, pero son objetos demasiado masivos para ser asidos por mi deambulante capacidad de reconocimiento, y una y otra vez he despertado en medio del esfuerzo ineficaz del ojo interno por distinguir un contorno, cualquiera que sea, de la montaña de Helvellyn. Creía haber estado en esa región pero las montañas habían desaparecido. La pobreza de mis sueños me mortifica. Pensemos en Coleridge conjurando a su voluntad cúpulas de hielo y casas de placer para Kubla Khan, y doncellas de Abisinia y canciones de Abara y cavernas por donde discurre Alph, el río sagrado, para solaz de sus soledades nocturnas, mientras que yo no puedo convocar ni a un pobre violín. Barry Cornwall tiene sus tritones y sus nereidas retozando en visiones nocturnas y proclamando los hijos nacidos de Neptuno, mientras que el culmen de mi actividad imaginativa en horas de la noche, difícilmente alcanza a convocar el fantasma de una vendedora de pescado. Para ubicar mis fracasos bajo una especie de luz mortificante, fue después de leer un poema de Cornwall que se fortaleció mi fantasía sobre estos espectros marinos, y el menguado poder creativo que me habita se puso a la tarea de darle gusto a mi capricho esa misma noche. Creí verme sobre las corrientes del océano en medio de unas nupcias marinas, cabalgando en lo alto de las olas con el acostumbrado cortejo haciendo sonar sus

caracoles en frente mío (yo mismo, les aseguro, era el dios principal). Gozosamente seguimos nuestra carrera por alta mar justo hasta el sitio donde la diosa del mar, Ino Leucótea, debía saludarme con un abrazo blanco, al tiempo que las olas se apaciguaban gradualmente, descendiendo del ímpetu del mar a la calma marina y de ahí al fluir de un río, y ese río (como ocurre cuando en los sueños incorporamos lo familiar) no era otro que el gentil Támesis, que meciéndome con una o dos plácidas olas me depositó solo a salvo y sin gloria en algún lugar al pie del palacio Lambeth. El grado de creatividad del alma en los sueños puede ofrecer un criterio para nada caprichoso acerca del alcance de las facultades poéticas que residen en esa misma alma al despertar. Un caballero de edad avanzada, amigo mío e inveterado bromista, solía llevar tan lejos esta idea, que cuando veía que algún jovencito conocido tenía la ambición de convertirse en poeta, su primera pregunta era: “Joven ¿qué tipo de sueños tiene usted?”. Tengo tanta fe en la teoría de mi viejo amigo que cuando siento que regresa a mí esa veta ociosa, de inmediato me sumerjo en el elemento que me es más propio, el de la prosa, recordando aquellas elusivas nereidas y aquel poco auspicioso desembarco en una ribera tierra adentro. ■

Juan Fernando Merino (Colombia)

Escritor, periodista y traductor literario nacido en Cali. Ha obtenido varios premios literarios colombianos, así como una beca nacional de novela. En España ha sido ganador de siete concursos de cuento. Es autor del libro de relatos *Las visitas ajenas* y de la novela *El intendente de Aldaz*. Durante diez años se desempeñó como jefe de traductores del Festival de Cine de Valladolid. En agosto de 2013 su volumen *Ritos de pasaje* resultó finalista del Concurso Nacional de Libros de Cuento de la Universidad Central de Bogotá.